Tomo 8

REPERTORIO AMERICANO

Núm. 1

SAN JOSÉ, COSTA RICA 1924 LUNES 24 DE MARZO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Carta que el Lic. José Vasconcelos

dirige a los estudiantes del Perú, con motivo de su designación como Maestro de la Juventud en esa República.

México. D. F., a 13 de febrero de 1924.

A los estudiantes de Trujillo que se dirigieron a mí en nombre de los estudiantes del Perú.

DESDE que recibí el mensaje en que me participaban haberme nombrado su maestro me hice el propósito de escribirles largamente, pero no sólo me han detenido mis preocupaciones a veces desconsoladoras y mis ocupaciones siempre absorbentes, sino también el temor de ir a complicar con mis palabras una situación ya de por sí peligrosa; temor tanto más justificado cuanto que no puedo ir a compartir sus penalidades y es por lo mismo, muy comprometido enviarles consejos impunemente y a distancia. En efecto, qué puedo yo decirles ante la situación que guardan, ante el estado en que se encuentra todo este mundo contemporáneo, plagado de injusticia y de odio; ante todo este triunfo de Caín allá en el Perú y aquí en México y casi en todo sitio donde hoy viven hombres! Laceradas por el odio ajeno cuando se ha sentido desbordar el amor, esa es, me imagino, la situación de todas las almas nobles del mundo. No se quiere creer en el mal, nos parece un absurdo y un error de fácil corrección, pero muerde y destroza, de suerte que si nos examinamos por dentro, nos sentimos deshechos; pero esto al fin y al cabo viene de mucho bregar, y se pasa pronto, y en realidad la vida sólo vale por los instantes nobles, que hay que empeñarse en vivir aunque todo lo demás se pierda. También debo reflexionar en que hablo a jóvenes de ánimo ardiente y no puedo permitir que un descorazonamiento mío, aunque sea pasajero, los contagie. Si he de mencionarles penas, lo haré para mostrarme enteramente sincero y para que se den cuenta de la enormidad de la tarea que tiene delante de sí todo el que combate por un ideal; no para desanimarlos, sino para que se apeguen con más afán a la empresa reformadora, a la tarea sin fin que no se consuma con una sola victoria, ni con derrocar un tirano—aunque es preciso derrocar a cada tirano—sino que debe renovarse una y otra vez, sin descanso y sin ilusión, pegando sin tregua contra los grandes obstáculos y también contra los ruines contratiempos que agotan oscuramente al anhelo. Duro es el camino del ideal sin reservas! quien lo siga ha de contar de antemano con la desilusión y el infortunio y deberá examinar su conciencia para ver si posee algo de la sustancia de lo que se irgue. El que ambicione dicha o se complazca con la comodidad y la fama que nadie disputa, póngase en la frente la coyunda de las ideas corrientes y con buena salud y un poco de esfuerzo alcanzará ventura y hará a los suyos felices, siempre que cuide de dar su parte al más fuerte y la razón, no tanto a quien la tiene, sino más bien a quien la impone. Hombres así suelen ser útiles y sin duda merecen su dicha tranquila y ruin. Ustedes que son jóvenes deberán interrogarse sinceramente, y si es la felicidad lo que ambicionan, no vacilen, háganse cuerdos, desarrollen ingenio y fuerza y todos los tesoros del mundo llegarán a ser suyos. Pero si en el fondo del corazón han sentido una sorda inquietud, que no se satisface ni con el lucro, ni con falsa fama, ni con la dicha ruin, entonces todavía deténganse a pensarlo, porque el camino es arduo. Si a pesar de eso se sienten movidos por un afán que se atreve a todo, y padecen el disgusto de la verdad incompleta, de la dicha infecunda; si el día que termina sin un suceso ilustre les causa angustia; si el ansia de vida infinita los llena de un dolor confuso, que nada cura del todo; si una sed de ser y de gloria les devora las entrañas; si están dispuestos a padecer; resueltos a no hacer otra cosa que sufrir por toda una vida de martirio y grandeza, entonces, serán de los elegidos. Pero estén seguros de que les esperan la indiferencia y la pobreza, el escándalo, la persecución y el odio; seguros de que causarán la desdicha de los que aman; de que sufrirán separaciones lacerantes, y enseguida la calumnia y la burla, el desdén y la saña, el presidio, el destierro y quizás la muerte. Y aún antes que la muerte física, la muerte del sentimiento en un desgarrarse de todos los afectos y un perder cuanto se ama. Vendrán después las horas rápidas, momentáneas del triunfo y padecerán entonces de un mirar claro que revela la miseria de gentes y cosas; de un no poder creer; de un ya no querer nada que se refugia en los días mismos del infortunio, porque en ellos siquiera había la profundidad infinita del dolor sin consuelo; seguirán mirando como unos sonámbulos, las cosas de la tierra, y con el alma perdida en un vago infinito que a veces guía, pero frecuentemente nos deja solos. Y así que hayan concluido la tarea, o cuando apenas esté iniciada, quizás verán que se reanudan las persecuciones, las penas, las inquietudes sin término, hasta que la muerte se les aparezca como una positiva liberación. Si desean arrostrar todo esto, a cambio de unos breves instantes de verdad resplandeciente o de pasión sin freno, se sentirán invencibles, y por mucho que los atormenten podrán seguir adelante, sin que nada pueda tocarlos; ni el dolor que si es grande y encuentra en ustedes temple, roza como el arco en la cuerda, para crear sonoridad y alegría, ni la muerte que si es heroica, enciende un más vivo anhelo! Podrán seguir adelante contra los despotismos de la tierra y contra los abusos de la mente, desarrollando todas las capacidades para que trabajen por el triunfo de la acción libre y de la locura generosa. No estén entonces cuerdos, ni un solo instante; batallen y forjen sin descanso; en patrias como éstas, no hacer es un pecado y todo lo demás es virtud. Obren en grande pensando en belleza. Suelten sus fuerzas como río desbordado pero consciente de que remueve la tierra y fecunda inmensidades. Nadie podrá detener el impulso de una juventud unida y activa, generosa y libre. Usen su fuerza para derribar la tiranía del hombre, la tiranía de las instituciones, y la tiranía de los propios apetitos. Y para todo esto, venzan primero en ustedes mismos, renuncien la vida dulce, para merecer la vida sublime. Los jóvenes que aspiran a dirigir pueblos y a redimir gentes, podrán conocer la pasión, pero no tienen tiempo para los deleites. Quienes prefieren la voluptuosidad

al deslumbramiento, no serán intérpretes del afán colectivo, ni gozarán jamás el transporte de sentirse como instrumentos divinos de los procesos humanos.

La valiente actitud que ustedes han comenzado a desarrollar me obliga a enviarles la palabra de mi experiencia; también el afecto me inclina a sufrir con las penalidades que azotan al Perú. No debemos ser indiferentes al dolor de ningún pueblo de la tierra, mucho menos al de un pueblo que es porción de nuestra patria Iberoamericana. No puedo olvidar tampoco la que debo personalmente al Perú en los días en que era libre y yo arribé allá perseguido y sin más título que el de ser un mexicano que había sido perseguido por todos los dictadores de su patria; y esto me abrió todas las puertas y me ganó todos los pechos. Como la visión de una vida aparte, guardo el recuerdo de aquel viaje, y tiemblo de pensar en la emoción de un retorno a Lima; me cogería el ambiente y tendría que volver a vivir las horas profundas, las horas amargas, los ásperos deleites, la asombrosa, la desgarradora vida de mis diez meses de amor, de desesperación y de videncia. Fué aquello un conflicto de la placidez de afuera y la tempestad que llevaba adentro, y tanto anegué mi alma en cosas y gentes que todavía me parece que sigo envuelto como en un aura que volvería a poseerme entero si concentrase mis recuerdos un instante. Sin embargo, los años no pasan en balde; el tiempo nos purifica, dicen los necios; yo más bien creo que nos roba, nos desvanece el tesoro de las emociones, nos deja viles y pobres; viles porque olvidamos, pobres porque perdemos porciones de la misma existencia, y así es como aquel vivir profundo se me ha ido haciendo sueño. Y ya ahora sólo guardo la visión refulgente de las moles andinas, que trepé todo un día asombroso y la noche estrellada de la Oroya y los ríos y las planicies y las cumbres de nieve y las grandes olas encrespadas de sonido y de espuma, y el mar vigorizante verde impregnado de su potencia, que penetró en todos mis poros. Veo las tabernas oscuras del Callao, en donde vagabundos de todo el planeta bebíamos aguardiente de Pisco igual que si fuera un cauterio de heridas sangrantes. Pasan más gentes, las jóvenes lindas, las matronas de ojos que humedece la ternura, los amigos cordiales, y me asalta la amargura de una vida que no volverá. Veo los desfiles militares acompañados de músicas tristes, monótonas, que me hinchaban el pecho de patriotismo peruano; un patriotismo que yo interpretaba como la afirmación del derecho divino que asiste a las razas nobles y dulces para perpetuarse en un sitio y hacer un oasis de bondad en el vasto mundo perverso. Recuerdo muchas cosas más y las comparo con las noticias que ahora llegan de allá y desde el fondo del alma maldigo a quien quiera que haya hecho o esté haciendo sufrir al Perú. Y me digo que no es gobierno honrado el que mutila la patria haciendo deportar a sus hijos. Los honrados y los fuertes no temen y por lo mismo, no persiguen; en cambio, los que padecen terror aterrorizan. Y les repito que sin libertad y sin justicia ningún gobierno puede ser ya no digo bueno, tolerable siquiera. Peró los malos gobiernos no dependen del capricho de un hombre, sino del estado de corrupción general de una sociedad. Los tiranos se producen cuando falta una clase independiente y fuerte, es decir, virtuosa.

En la actualidad no hay nada que esperar de las clases altas porque pudiendo vivir cómodamente en cualquier parte no necesitan sacrificarse, y emigran sin oponer resistencia a la tiranía. Las clases acomodadas que en la antigua burguesía francesa pudieron ser un baluarte de las libertades públicas, ya no representan ahora ni ese papel útil, y lo único que con ellas debe hacerse es reducir sus privilegios mediante una legislación radical. En cambio, la esperanza de los tiempos actuales se encuentra en el elemento trabajador, entendiendo como tal, el conjunto de los que se esfuerzan para ganar el pan en todos los órdenes de las actividades sociales. La clase productora necesita hacerse del poder para socializar la riqueza, y organizar sobre nuevas bases las libertades públicas. El error de los políticos de países donde no ha prendido una revolución, ha sido confiar en la acción de personajes encumbrados, en vez de remover las mayorías trabajadoras. Recuerdo que, por ejemplo, cuando yo estaba en Lima, mucha gente ilustrada y joven puso sus esperanzas en un partido de intelectuales selectos y de señores ricos; un partido de mesas directivas sin contacto alguno con las clases humildes y por lo mismo, cuando vinieron las persecuciones el pueblo no se interesó por defenderlo. Los intelectuales sacrificados clamaron y siguen clamando en el extranjero, pero nadie los escucha, porque ellos no tuvieron en cuenta al pueblo en sus planes. Recuerdo que en aquella época, de mera política, hablando en cierta ocasión con un líder de uno de los partidos militantes le dije—abusando un poco de su benevolencia —¿Por qué no suprimen ustedes un partido y con el dinero ahorrados limpian o canalizan el río?» En efecto, ni se pensaba en pavimentar calles, en sanear barrios, en carreteras y escuelas. Desgraciadamente, así pasa en todos nuestros países, no obstante que todo está por hacer. Por supuesto, obras de verdadera importancia social no puede ejecutarlas un tirano. Un tirano es capaz de abrir avenidas para ponerles su nombre, pero las empresas útiles y silenciosas de la civilización, sólo las realizan los pueblos en masa; no son producto de un hombre, sino de una generación que ha podido vivir laboriosa y libre. Señalo estas circunstancias simplemente como un ejemplo de la incompetencia de nuestros políticos. Se habla, se discute, se combate, pero rara vez, casi nunca, se construye. Y lo que necesitamos es una política de trabajo, con la libertad sin duda y con justicia social, pero con ardiente vocación de trabajo. Tenemos un atraso de más de cien años, respecto al resto del mundo y sólo podríamos reparar lo perdido trabajando doble que todas las demás naciones, trabajando sin descanso, hasta que toda una generación se agote por entero en la obra modesta de alcanzar el nivel de los países civilizados. Nuestra cultura la tenemos en la mente, pero no parece por ninguna parte en la realidad. En el Perú, en México y en Chile, son los extranjeros los que hacen los ferrocarriles, los puentes, los que explotan las minas, los que regentean las grandes empresas y los criollos vivimos de la política o de la explotación usuraria de la tierra o de la miseria burocrática de los puestos del gobierno. Por eso no hemos llegado a constituir verdaderas naciones independientes, sino soberanías ficticias que dan pretexto para holgar veinta o treinta días del año en conmemoraciones de batallas estériles o de planes bastardos. De esta suerte, los mismos sucesos históricos que forman la tradición nacional se van empequeñeciendo aunque sean grandes, se van empañando, porque ningún suceso humano merece el recuerdo si no ha sido fecundo, sino ha dado lugar a grandes desenvolvimientos nacionales o morales. Y nuestros propios fracasos deslustran así las grandes acciones de los fundadores de nuestras nacionalidades. Tenemos vanidad, pero carecemos de orgullo, nos creemos lo mejor del mundo, pero no nos abochorna vivir como parásitos de una patria donde es el extranjero el que explota las riquezas naturales, el que trabaja y construye. Descontentos del valer propio, no podemos llegar a constituir un pueblo, y nos dedicamos a destruirnos, de palabra y de obra. En todas nuestras acciones se revela el desprecio de cada casta contra las otras veinte en que estamos subdivididos. La casta indostánica tiene una tradición venerable y se funda al fin y al cabo, en diferencias de orden espiritual; pero las castas de la América Latina se basan simplemente en la posesión o carencia de fortuna personal y no por eso la división es menos honda. En el Perú se habla del huachafo, en Chile del roto, en el México pre-revolucionario se hablaba despectivamente del pelado. Pero en México, la Revolución puso al pelado, al hombre de campo, al humilde en condiciones de azotar el rostro del hacendado (gamonal) y de dictarle la ley; y si no se suprimen radicalmente la explotación y el abuso, el odio perdura y una nación dividida no puede defenderse de sus enemigos exteriores, ni de sus enemigos internos. Los tiranos se sostienen adulando, hoy a una casta, mañana a otra; pero sólo cuando desaparecen las castas, se establece la democracia que derriba definitivamente al tirano. Si deseamos aniquilar la tiranía no en una cabeza sino en todas sus monstruosas reapariciones, procuremos redimir al indio, al cholo, al huachafo, a todas las gentes que habitan el territorio de esa nación. Destierren de la conversación misma ese desdén, esa constante burla del pobre huachafo que a veces trabaja más que sus censores y por lo mismo, sirve mejor a la nación.

Claro que siempre es un problema resolver si la reforma de un país por la educación de sus masas, puede intentarse desde fuera del gobierno o si es mejor derrocar el mal gobierno para constituir uno que se ocupe seriamente de los problemas nacionales; pero en todo caso será prudente comenzar por lo que esté más de acuerdo con las posibilidades del momento. La labor de propaganda, la labor de ejemplo que ustedes desarrollan tendrá que trascender y crecerá hasta que se torne invencible.

Es una lástima que no se hayan aprovechado los años de libertad para organizar movimientos cívicos de carácter educativo, pero ya que se perdió esa ocasión, conviene que ahora quede bien planteado el problema a fin de conocer los medios de atacarlos.

Otro de los recursos de tiranos, es la exaltación del falso patriotismo. El patriotismo que debiera ser siempre amor, el déspota lo torna en odio, como para apartar de sí la ira del pueblo dirigiéndola contra sus vecinos, contra sus hermanos. No hay déspota que no se exhiba ante sus siervos como un caudillo de la causa nacional, vengador de los agravios patrios y encarnación viviente del orgullo colectivo. Pero nada hay más triste que ver una patria que fía su destino a un solo hombre, y todavía es peor, el expectáculo de un pueblo que entrega sus libertades al déspota por una mera promesa ilusoria. La patria la encarnan sus hijos, jamás sus verdugos. Y un déspota es peor enemigo que veinte ejércitos extranjeros. La patria nada vale si no significa libertad y justicia. El orden y la paz fundan el progreso, pero no pueden rendir fruto si no es a base de libertad y de justicia. Organizar un orden social justo y libre, es más importante que fomentar el odio al extranjero. Por eso me atrevo a deciros—aun cuando comprendo lo delicado que es hacerlo — pero se los digo como quien cumple un deber, que cada vez que el político hable de la cuestión chilena, debéis desconfiar! Sí, debéis deciros: ¿Por qué ese empeño de derrochar la energía peruana en algo que no es la inmediata regeneración por el trabajo y el saber? ¿Cómo vamos a emprender revanchas si acaso no se han corregido los vicios que originaron la derrota? Acabemos primero con la disensión interna, construyamos la patria, aumentemos sus recursos, usemos el temple colectivo para castigar a los tiranos de adentro, y ya después, libres y poderosos podremos enfrentarnos a los tiranos de afuera. Las sirenas podridas del despotismo susurran peligros extraños y cantan patriotismos morbosos; pero en realidad no sucede sino que el déspota quiere soldados para sofocar huelgas, para suprimir protestas, para afianzar su dominio.

Más varonil que injuriar al enemigo extranjero que está distante y ya no hace daño, es combatir al dictador que deshonra las tropas de la nación cada vez que hace que le presenten armas. Yo sé todo esto, lo he visto y lo digo no sólo por el Perú, lo digo por el México de años recientes, por Venezuela, por tantos otros países nuestros que la tiranía extrangula. A nosotros nos lanzaron contra los norteamericanos, los Santa Anna, los Victoriano Huerta, los Carranza, pero cada uno de ellos cuidó de asegurar ayuda o tolerancia norteamericana para los propios fines perversos. A ustedes los incitan contra los chilenos y a los chilenos contra los peruanos, casi siempre por razones egoístas de política venal; por eso es necesario tener presente que el enemigo de la patria rara vez está fuera, casi siempre se halla adentro. El enemigo del progreso latinoamericano es el hacendado de México, el gamonal del Perú, el estanciero de Argentina y Chile.

Los explotadores no tienen patria; pero la simulan para desorientar a los siervos. Lanzan unos contra otros los pueblos para aumentar sus riquezas o rangos; pero ya es tiempo de que los pueblos comprendan que son hermanos y que tienen intereses comunes. El nacionalismo de la América Latina tiene que pasar al plano secundario de un corto y gastado provincialismo. El patriotismo necesita reformas, ya no debe haber peruanos, ni mexicanos, ni argentinos o chilenos. Sólo las almas de molusco siguen apegadas a la roca de la patria. Hay que decirlo bruscamente: yo reniego de la mía, en el instante mismo en que pretenda agrandarse a costa de otras naciones o no esté dispuesta a servirlas y a amarlas fraternal y recíprocamente. Y tampoco habría de prestarme a gastar mi querer en el odio estéril de ofensas pasadas. Si alguien me pega y es más fuerte que yo y no puedo contestar, no deberé ir lamentando el mal cometido; me pondré a esforzarme en silencio para ser más fuerte, para ser mejor y ganar poder que un día repare la injusticia. Pero volveré siempre a mí mismo, porque el mal está en mí mismo y también el remedio. Y así debe ser el ciudadano, sereno y confiado en su tezón y en su destino. De ahí que yo sienta que el primer deber de chilenos y peruanos es cerrar para siempre el venero de odios de esa guerra maldita del Pacífico. Resuélvanse de prisa y de cualquier modo las cuestiones pendientes y enseguida maldíganse de una sola vez, para enseguida olvidarlos, a todos los necios, torpes o arrogantes que consumaron una guerra que dividía la estirpe ibérica, en la misma época en que los anglosajones del Norte del Continente sellaron con sangre la alianza perenne del bando del Norte con el bando del Sur, levantando así la base del poderío norteamericano. Esta mancha del iberoamericanismo, que se llama la Guerra del Pacífico, sólo pueden borrarla las dos juventudes del Perú y de Chile. Y cuando llegue el momento, no disputen territorios, dejen la tierra a quien mejor la aproveche, a quien más la necesite, pero eso sí, cuiden de no dejar en pie un solo monumento que recuerde el crimen, derriben las estatuas, borren las leyendas, castiguen a la historia y que no quede ni un solo recuerdo de la maldita disputa que envenena el alma de dos pueblos. Obreros o pensadores de los dos países rivales, sólo ustedes, los que trabajan o los que piensan podrán convertir el odio en amor y la pugna en progreso. Y para esto no hacen falta tiranos, estorban.

La situación actual del Perú es penosa y amarga, tanto más cuanto que no es excepcional sino una de esas calamidades intermitentes, de las que es muy difícil librarse. Nosotros hemos pasado por vergüenzas semejantes y estamos amenazados de volverlas a sufrir. La experiencia debe ya convencernos de que el remedio tiene que ser un remedio colectivo de educación general y de acción común. Organicen ustedes el movimiento salvador, pero si no pueden hacerlo, recuerden por lo menos, que por ser jóvenes no deben manchar su juventud unciéndola a una dominación que por mucho que dure, tendrá que llegar a ser para ustedes un vago recuerdo; un vago recuerdo bochornoso para el que se sume a ella; un noble orgullo de toda la vida, para los que se nieguen a prestarle apoyo. Yo que conozco la nobleza del carácter peruano, pienso que tal vez no sea necesario llegar a la violencia; me imagino que bastaría una protesta sostenida y numerosa para que la fuerza de la opinión pública se impusiera rápidamente. Lo que importa es que no sea un grupo el que proteste, sino la nación entera, indignada y unida en un propósito de regeneración y de libertad. Se me dirá que es muy difícil sacudir mayorías que sólo atienden a sus intereses inmediatos y materiales; pero también es cierto que toda reforma comienza por la acción de una minoría intrépida, que si tiene la razón y es tenaz, acaba por imponerse a todo. No hay un solo caso de juventud honrada y resuelta que no se haya hecho heredera del mando.

El secreto es perseverar en un propósito noble y levantado. Sean ustedes más firmes, más tenaces que sus enemigos, más sobrios, más laboriosos, más claros en el pensar y más resueltos en la acción y el triunfo llegará inesperado y espléndido. Y así que hayan vencido, así que esté en sus manos todo el Perú, vuelvan a hacerlo amable, vuelvan a hacerlo dulce; pero antes que todo, háganlo justo para que la bondad y la dulzura sean verdaderas y perdurables. Combatan la explotación del hombre por el hombre en las ciudades y en los campos, establezcan la paz que nace de la justicia y la abundancia, y una vez lograda esta victoria proscriban la violencia, condénenla y maldíganla hasta que no pueda renacer; mátenla con un derroche de bien; paguen la carcel con la libertad, el destierro con el retorno y el odio con el amor.

J. VASCONCELOS

Una patria para Unamuno

México, 11.—El Gobierno cablegrafióle a don Miguel de Unamuno, deportado actualmente a Lanzarote, ofreciéndole asilo en este país. Unamuno ha aceptado la invitación.

(Cable del DIARIO DE COSTA RICA, *San José).*

El Directorio militar español— lo saben nuestros lectores— condenó a la pena de deportación al escritor Unamuno por un acto de tal escritor y un día, Unamuno se encontró sin patria. Los mexicanos le han ofrecido al escritor español una patria en México y he aquí cómo él ha podido compensar el dolor de la pérdida de la patria original con la adquisición de una patria moral. Unamuno ha aceptado el ofrecimiento y dentro de poco será un huésped grande del continente americano. El caso de Unamuno nos toca íntimamente a los hombres que en América defendemos modestamente la vida democrática, como régimen natural del hombre político y más íntimamente por los intereses superiores que él defiende. El defiende estos dos supremos intereses por los cuales todavía se lucha en las patrias americanas, el de la libertad y la justicia, los dos intereses que constituyen sustancialmente los fundamentos de una nueva religión universal: por el amor a la libertad y a la justicia los hombres de todas partes de la tierra fraternizan profundamente y respecto de ellos se acaban todos los exteriores motivos y los artificiosos medios que separan a las razas y a los Estados y en ese culto comulga la humanidad en un fervor único y en todos lugares es igualmente ardiente. Si cabe hablar de un martirio en servicio de esa nueva devoción de la humanidad, a Unamuno le corresponde la palma del martirio, porque para un ánimo sensible y para una inteligencia como la suya y para su hondo sentido cívico, es más que martirio ese de ver a la patria humillada en los dos nobles intereses de la vida nacional, el de la libertad y la justicia, ese de verla sujeta al oprobio de un régimen de gobierno inhumano e irracional y tener que dejarla en momentos en que su edad lo vinculaba más estrechamente al solar nativo.

Decimos que el caso de Unamuno nos toca de cerca porque en estas democracias nuestras nos vivimos angustiosamente luchando contra la inversión de valores de que ha sido víctima España. Allá como aquí y como en otras patrias latinas, forcejean las mismas fuerzas negativas contra el régimen de gobierno representativo y popular, y allá como aquí, entre ciertas clases desmoralizadas se siente enemiga irreconciliable contra las instituciones democráticas, y la democracia entre esas clases está desacreditada. Está desacreditada porque no les sirve a ellos, eso es todo. En España se ha cerrado el Parlamento como lo cerró ya una vez Cronwell en Inglaterra. En España se ha puesto sobre el Parlamento el ejército como en Italia se puso sobre el Parlamento la dictadura militar y como aquí en América, cada vez que el soldado improvisado quiere alzarse con el poder público comienza por matar o por podrir nuestros Congresos. La lucha en España, en cierto sentido político, se concreta a una discordia entre el Parlamento que en alguna forma representa a la nación, bien o mal, y el ejército que en España exclusivamente representa, o defiende al menos, los intereses de la casa reinante. Le ha ido mal al Parlamento, pero no será eterno ese mal. Mañana volverá España a su Parlamento; mañana volverá España a considerar como los altares de su gran vida constitucional las tribunas de Castelar y Pi y Margall y Rosas Olano y Cánovas y todos cuantos magnificaron esas tribunas e hicieron de España el hermoso espectáculo de una nación que discutía sus negocios ante la conciencia del mundo. El régimen actual es una regresión que no merece España; que podrá gustar a unos cuantos españoles, como aquí entre nosotros hay corazones viles que se rinden a la gloriola menguada de cualquier Estrada Cabrera o de cualquier García Moreno o de cualquier tiranuelo americano. Pero España volverá a su Parlamento así como Inglaterra no vinculó toda su enorme historia al nombre de Cronwell, sino que una vez que se fué Cronwell, volvió al Parlamento como a la institución natural de su vida y con su Parlamento o desde su seno, Inglaterra se ha hecho nación de ejemplo, ha gobernado al mundo y ha ido positivamente, aunque con discreta lentitud, ennobleciendo al hombre inglés, vigorizando en él el amor a la libertad y reformando la sociedad con fuertes impulsos de modernidad y de justicia. España volverá a su Parlamento porque éste es el que representa su grande historia republicana, porque él reproduce sus gallardos Concejos de nobles altivos y porque es desde allí desde donde lentamente se ha ido combatiendo el viejo régimen y se han ido abriendo caminos a la República. El descrédito que le atribuyen al Parlamento español los políticos militaristas españoles, es el mismo descrédito que ciertos políticos nuestros le atribuyen a nuestros Congresos, pero es un descrédito hecho adrede para facilitar la manera de cerrar un día el Parlamento y de amenguar otro los poderes de nuestros Congresos.

Imperfectos y viciosos Parlamentos y Congresos, no puede ser ello bastante para acabar con esas instituciones que son fundamentales en el régimen democrático; imperfecta o viciosa la democracia, no es ello bastante para acabar con la democracia y dar lugar, en cambio, al régimen infame de los tiranos o de las dictaduras.

Todos volveremos a la naturaleza, como si dijéramos. Es verdad que España se cree satisfecha con su régimen actual de Directorio militar, pero ese Directorio militar no está dentro de la naturaleza de la vida moral española. Tampoco era natural el régimen tiránico de Porfirio Díaz en México: un día volvieron los mexicanos a su régimen de las instituciones republicanas y así es como se da el caso contradictorio de que mientras en España se le cierra la patria al republicano Unamuno, en América, México, patria antes azotada por tiranos, le ofrece un hogar digno al republicano Unamuno, con la advertencia de que no querrán los mexicanos tener a Unamuno en su seno para escandalizarle el espíritu, porque México va entrando firmemente por la comprensión superior de la libertad y de la justicia.

Debe consolarnos esto a los americanos: debe consolarnos esto de que un gobierno de América o mejor dicho, un pueblo de América— sin atender a principios diplomáticos envejecidos, o mejor que a principios, a conveniencias— le dé al hombre republicano de Europa el calor de una patria republicana, y de consolarnos ello para defendernos, siquiera en espíritu, contra todos cuantos consideran que España, patria también de Americanos, vive mejor sujeta al hierro de los caballos del soldado que al movimiento de las instituciones populares.

Una fe que no debemos ni queremos perder es esta fe en las instituciones populares: la queremos tener en las escuelas, la queremos tener en los tribunales de justicia, la queremos tener en los Congresos, la queremos tener en las leyes, la queremos tener en las instituciones. Los soldados con fortuna, los Directorios militares, los presidentes de cuartel y sin Congresos menguados, son eruptos pero no son instrumentos propios de la república. Pueden en algún momento iluminar la patria con una gloria más o menos pasajera, pero ninguno de ellos cons-

(Pasa a la página 11).

El Destino de un Continente

DESDE Niza nos llega este libro de Manuel Ugarte. Yo no conozco el libro de este mismo autor titulado MI CAMPAÑA HISPANO AMERICANA, pero creo que después de haber escrito EL DESTINO DE UN CONTINENTE, toda la materia estará agotada. Porque en este libro el autor no avanza la solución de nuestro problema hispanoamericano, sino que se limita a describirnos su viaje por las tres Américas. Y un libro que lleva un título tan amplio y tan definido debería ser una guía filosófica, política y social para estas democracias que se agitan desorientadamente alrededor de los Estados Unidos de Norte América. Es verdad que si Ugarte hubiera tratado de solucionar este problema visible e invisible, habría sido necesario un análisis del industrialismo y sus probables consecuencias, y sobre todo determinar si este industrialismo es o no un factor primordial en la civilización contemporánea. Porque para mí, más importante que la invasión norte americana es esta cuestión del industrialismo.

Sin el asombroso desarrollo industrial experimentado en los últimos años en los Estados Unidos, los yanquis ni siquiera se habrían ocupado de nosotros. Santo Domingo sería hoy un país totalmente independiente, o quizá no existiría porque los supuestos patriotas se habrían encargado de destruirlo. Cuba no tendría su general Crowder aunque tendría, gracias a los supuestos patriotas, su general Caveman. El Canal de Panamá sería aún el hermoso proyecto de especuladores europeos y las mercaderías pasarían a lomo de mula de un lado al otro.

Lo fundamental en este asunto Inter-americano es precisar la duración de la época industrial y si en los años, o siglos, de su duración los norte americanos conseguirán la conquista de todo el continente destruyendo nuestra civilización española. Si la época industrial no desaparece en pocos siglos, la salvación de la América Latina está en desarrollar toda clase de industrias. Nos tornaremos petroleros y carboneros. Sustituiremos la flauta pánida de Rubén Darío por la caja lírica de Enrique Ford y sobre las clásicas pirámides de Rodó pondremos al mago Edison vestido de rojo y haciendo piruetas. Si el industrialismo desaparece dentro de poco—el anuncio viene del Este—la América Española podrá dedicarse a cultivar su personalidad y a preparar una civilización más noble que la contemporánea.

El libro de Manuel Ugarte está lleno de buenas intenciones. Le creemos patriota ardiente de la gran patria hispano americana. El sabe como yo la superioridad incontrastable de la raza latina, él es enemigo implacable de nuestra inmunda politiquería, él abomina de nuestro militarismo expeditivo e insignificante, y él ataca impetérritamente, como me lo dice en



MANUEL UGARTE

(Retrato de VÁZQUEZ DÍAZ).

una de sus cartas, «a la fastuosa floración de nulidades inocuas o nocivas que empujan a nuestras repúblicas a la bancarrota económica nacional y espiritual». ¿Cómo negar el aplauso a un hombre que piensa y que dice estas cosas? Yo creo que Manuel Ugarte es acreedor a nuestra admiración y a nuestra gratitud.

La campaña hispano americana que emprendió Ugarte hace varios años nunca nos fué simpática. Junto al ideal racial de liberación iba una mezcla de entusiasmo literario y un derroche de oratoria un tanto tropical. La masa inculta es siempre un elemento peligroso. Y de los grandes aduladores no hay nada que esperar. La masa inculta formada de estudiantes vocingleros, de obreros mal informados, de señoritas patritas hizo mucho mal a Ugarte.

Yo espero la regeneración continental de estos estudiantes, de estos obreros, de estas señoritas. Pero yo sé que el 80% de ellos anda en horrorosa desorientación.

Ahora Ugarte es más sereno en su manera de expresión. Todavía hay mucho yoísmo en su obra, todavía es más lírico que científico, todavía tiene cierta difusión oratoria. Alguien dirá que su ataque contra los tiranuelos centro y sud americanos no es ni útil ni justificado. Justificado sí lo es. Porque lo sabemos, pero no lo decimos. Los generalotes, los pequeños capitalistas, los demagogos que dirigen nuestros países están exterminando nuestra brava raza indo-española. Si es útil lo dirán nuestras juventudes que toleran el caudillaje y el militarismo a la sombra de nuestra santa religión.

No le voy a seguir en su discusión de las relaciones entre las dos Américas. Mis opiniones—hoy un tanto alteradas—están en mi libro sobre Walt Whitman. No simpatizo con los modos de Manuel Ugarte, pero estoy de acuerdo con él en la esencia de sus ideas. Yo celebro su bella frase. «A pesar del renombre de yancófogo que se me ha hecho no he sido nunca enemigo de esa gran nación».

Ahora sí le sigo. Ahora estamos de acuerdo en que no somos enemigos de los yankeses. ¡Amigos sí... a nuestra manera. ¡No debemos negar las altas cualidades de orden y de disciplina de los americanos. Ni debemos negar la importancia de su cultura vocacional y práctica. Su cultura no es la nuestra. Lo sabemos y lo repetimos, pero debemos respetarles su concepción moderna de civilización. Yo sé que hay entre ellos quienes critican nuestro americanismo hispano y le llaman conservatismo, porque ellos (muy pocos por cierto) sueñan en una patria más grande que la nuestra y que la suya, en una patria sin banderas, sin opresión, sin botones de color y sin maldad.

Pero nuestra idea de unidad internacional no nos ciega. Queremos que se haga cuando haya hombres preparados para hacerla, y queremos que a pesar de esta unidad se salve la personalidad de la raza, porque la otra unidad, la que se impone por el comercio y la industria, la unidad de Norte América y parte de Centro América en vez de crear destruye. Y por eso protestamos con Ugarte en contra de los empréstitos forzosos, en

(Pasa a la página 14)

Hispano-americanismo en acción

Homenaje a la memoria de Andrés Bello

(Para don César Zumeta; con mis simpatías personales e intelectuales).

Frecuentemente nos damos a ensalzar los hispano-americanos, en general, nuestros filósofos, poetas, historiógrafos, críticos etc., cosa que nos parece muy justa y defensible. Aunque no tuviésemos, desde Méjico hasta Chile y Argentina, espíritus que, en realidad, han logrado destacar fuera del nivel común, en las justas del pensamiento, sería necesario crearlos; recurso para acrisolar en el ánimo de los pueblos el culto de los grandes hombres, inseparable de esotro más grandioso, imperativo, que es el de la Patria: naciones todavía nuevas, cuyo acervo de tradiciones varias es mínimo comparadas con las que respaldan a la Europa occidental, por ejemplo, han menester asentar sobre muy sólidas bases su personalidad prestigiándose a sí mismas primero, seguras de verse luego prestigiadas por las demás.

Ese encomio de nuestros altos valores intelectuales no tiene, sin embargo, el carácter general que debiera tener, o si se prefiere, aparece con más o menos intensidad, en grado mayor o menor, de un país a otro; como en una misma región, dentro de unos mismos confines patrios, varían, de medio siglo a otro, la estima y el aprecio en que se tiene a determinados ingenios. Todo ello se explica muy fácilmente: de una parte, no existen todavía en nuestra querida América española corrientes intelectuales muy numerosas, ni lo bastante fuertes, que nos hagan conocer a todos, sin distinción de nacionalidades, cuantos espíritus superiores, espigan y fructifican en cada república; y de otra, aunque sea penoso confesarlo, los más de nuestros grandes hombres, lo son tan sólo, relativamente, es decir, para sus compatriotas, y, restringiendo algo más el círculo, para sus coetáneos. Rarísimos son los que en alguna actividad del intelecto, hayan realizado obra que merezca imponerse con una misma fuerza en el país de su nacimiento y en el extranjero; y cuyos nombres, al dejar esta jornada terrena, obtengan la admiración y el respeto no de un día, sino eternos, en esa mitad del mundo colombino de idioma castellano.

Sin embargo, hay uno de esos cerebros privilegiados, más que raros, cuya personalidad lejos de aminorarse como que se agiganta en el decurso de los años; a quien todos los hispano-americanos, sucediéndose de generación en generación, estamos habituados a venerar y querer desde niños; sacerdote que, desde los bancos del colegio hasta la edad madura, nos inspira en los rituales de un culto común, a todos sagrado, a saber, al culto de nuestra lengua. Andrés Bello, el más grande, talvez, entre los grandes hombres hispano-americanos, me-



recedor de consideraciones y respetos especiales por cuanto en alguna esfera del pensamiento llegó a una altura que nadie coronara antes que él y que nadie, después de su muerte, ha logrado coronar tampoco!

O erramos de plano, con efecto, o no existe en el dominio de las letras latino-americanas, ingenio tan digno de la distinción que nosotros le asignamos como este ilustre venezolano. Al decir esto, no pensamos en el poeta o en el jurista, ni en el educador o el estadista, pues desde cualquiera de estos puntos de vista, fuera fácil hallarle sus iguales y hasta sus superiores en tierras americanas: pensamos, exclusiva y únicamente en el autor de la *Gramática de la lengua castellana*, creyendo nosotros, mientras no se demuestre lo contrario, que en este género de actividades lingüísticas, Andrés Bello es no sólo príncipe, en la acepción de más distinguido o eminente que los latinos daban al vocablo *princeps*, sino único. Como gramático original, profundo, verdaderamente sabio, Bello se hace acreedor a un cetro que no es posible disputarle en la América española, ni aun en nuestra misma madre Patria España; y sus dominios reales, en dicho carácter, cubren vastísima extensión territorial que hoy pueblan más de noventa millones de almas: situación verdaderamente excepcional, a la que no puede, en justicia, aspirar hasta ahora ningún otro latino-americano por grande que haya sido en poesía, historia, filosofía, jurisprudencia, etc. ¿No es *única* la excelsitud de Bello por haber asentado con originalidad y sapiencia los cánones del buen decir, sirviendo así de paradigma a nuestros poetas, historiadores, filósofos, juristas... más preclaros, desde 1847, aproximadamente, hasta la fecha? En mérito a esta situación extraordinaria del ilustre hablista caraqueño, es, seguramente, por lo que la Real Academia de nuestra lengua ha citado y hecho propios, en la última edición de su Gramática, algunos puntos salientes de las teorías de aquél. Después de una a modo de general «conjuración del silencio» de muchos años con que, al decir de algún gramático español, se hizo víctima a Bello, en la Península, viene a ser esa reparación algo de que bien podemos y hasta debemos enorgullecernos todos los latino-americanos.

¿Qué mucho luego de lo que antecede, que los hijos de América anhelemos honrar la memoria de Bello con una consagración de que participen por igual todas nuestras repúblicas y la propia nación española?—Que el mármol o el bronce perpetúen, pues, a lo largo de los siglos la imagen del ínclito varón americano! Que esta obra de piedad dulce e indeclinable interese a todos los que, de diario, continuamente, nos valemos de la misma lengua en que aquél fué incomparable maestro! Que ella se realice, por medio de una suscripción internacional dentro de la familia hispana y a la que contribuyan con su óbolo, niños y adultos, de todos los sexos y de todos matices sociales, étnicos y otros! Y, por último, que dicha consagración racial se lleve a cabo en la ciudad misma de Caracas, la única a quien, en nuestro juicio, corresponde por derecho, en el mundo de habla hispana, por ser la cuna de Bello, cual si dijéramos, por haberle brindado, al nacer, todas las virtualidades de sus grandezas futuras!

El homenaje grandioso propuesto por nosotros, en memoria del más

(Pasa a la página 16).

El otro *Repertorio*

DEL otro *Repertorio Americano*, el de don Andrés Bello, como si dijéramos, no le hemos hablado nunca a nuestros lectores. Vamos a hacerlo.

De los cuatro tomos del antiguo *Repertorio*, un amigo ha puesto en nuestras manos el primero, tercero y cuarto. Pertenecieron al culto y magnánimo don Manuel Aguilar, Jefe Supremo del Estado de Costa Rica, (1837-1838). La firma rubricada del prócer enjoya el tomo primero. ¿Cuántas de las sugestiones y enseñanzas del *Repertorio* habría llevado a la práctica don Manuel Aguilar, si sus conciudadanos le hubieran permitido ejercer por algún tiempo la Jefatura Suprema? Ya es muy honroso—por lo menos—para un ex-Presidente de Costa Rica que de él se diga que entre sus libros dejó el *Repertorio Americano*, de que fué el insigne don Andrés Bello uno de los fundadores y redactores.

Se publicó el *Repertorio Americano* de octubre de **1826** a agosto de **1827**. Alcanzaron a salir cuatro entregas trimestrales de 300 y pico páginas en 4º cada una.

Bello era entonces (**1826**) Secretario de la Legación de Colombia en Londres.

La publicación se hizo en Londres. ¿Por qué? Bello mismo nos lo dirá, en conceptos de maravillosa actualidad:

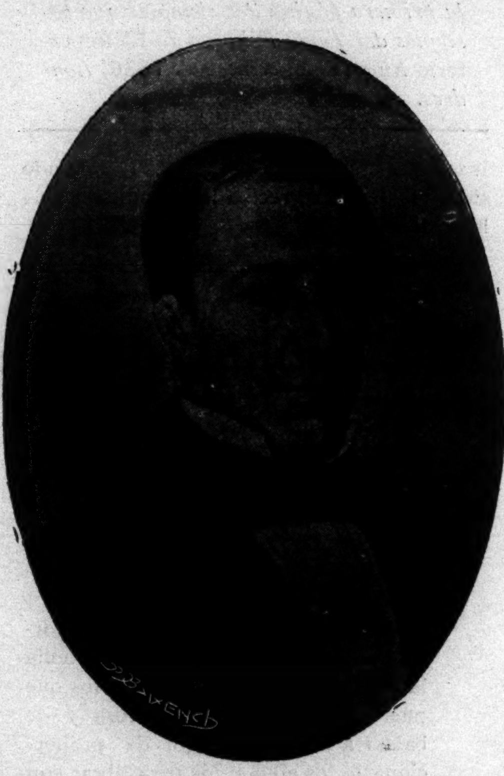
«Pero Lóndres no es solamente la metrópoli del comercio: en ninguna parte del globo son tan activas como en la Gran Bretaña las causas que vivifican i fecundan el espíritu humano; en ninguna parte es mas audaz la investigación, mas libre el vuelo del injenio, mas profundas las especulaciones científicas, mas animosas las tentativas de las artes. Rica en sí misma, reune las riquezas de sus vecinos; i si en algun ramo de las ciencias naturales les cede la palma de la invencion o de la perfeccion, hace a todos ellos incomparable ventaja en el cultivo de los conocimientos mas esencialmente útiles al hombre i *que más importa propagar en América*». (Subrayamos nosotros, y seguimos la ortografía del texto).

Otro de los grandes de América, el Sr. Pérez Triana, en Londres también editó *Hispania* (Enero de 1912 a Junio de 1916). Así como los hermanos García Calderón, en París editaron *La Revista de América* (Junio de 1912 a junio de 1914). Así como Lugones, su *Revue Sud-Americaine* (París, 1914). Un mismo Destino parece guiar a estos ilustres americanos. Todo, para la tradición que se va creando y que debemos mantener si queremos caminar a ciertas y crecer.

Con la empresa de cultura espiritual del primer *Repertorio Americano* podría hoy compararse—en algunos aspectos—la de la *Revista de Occidente*, del Sr. Ortega y Gasset, en Madrid.

Recordemos con gratitud a los editores que le ayudaron a Bello en la noble empresa: los Señores *Bossange, Barthés i Lowell*, libreros en Londres, y *Bossange padre*, en Paris.

¿Qué se propuso el *Repertorio*? Oigamos al mismo Bello. (Recuérdese que nosotros subrayamos ciertos conceptos que deseamos destacar en la mente de los lectores).



DON MANUEL AGUILAR
Jefe Supremo de Costa Rica
(**1837** a **1838**)
y de quien se habla en este artículo.

(Cortesía de don JOSÉ FRCO. TREJOS).

«Años ha que los amantes de la civilizacion americana deseaban la publicacion de una obra periódica, que *defendiese con el interes de causa propia la de la independencia i libertad de los nuevos estados* erijidos en aquel mundo sobre las ruinas de la dominacion española: de una obra que, fuera de tratar los asuntos literarios mas apropósito para despertar la atencion de los americanos, concediese un *lugar preferente* a *su jeografía, poblacion, historia, agricultura, comercio i leyes;* estractando *lo mejor* que en estos ramos diesen los *escritores nacionales* i estranjeros, i recojiendo tambien documentos inéditos...»

«Una obra como la que hemos indicado, al paso que conservase estas producciones interesantes, contribuiria probablemente a multiplicarlas; i cuando no se esperase recojer de ella otro fruto, creemos que este solo deberia recomendarla a *todo americano ilustrado que amase la gloria y el adelantamiento de su patria*».

Hay en sus palabras optimismo y modestia. Cuando dice, por ejemplo: «... i de que en las circunstancias cada día mas prósperas de los nuevos estados, la *constancia de nuestros esfuerzos* para merecer la aprobacion de sus ilustrados ciudadanos, i *nuestra docilidad en seguir las indicaciones que se nos hagan*, tanto en modo a la clase de materias como al orden de tratarlas, nos asegurarán su buena acojida, i los escitarán a favorecernos con materiales i comunicaciones».

Tuvo el *Repertorio Americano* buena acogida entre los hombres ilustrados—como nuestro don Manuel Aguilar—de estas patrias. Murió por la dificultad que entonces había—y aún ahora—para cobrar las suscriciones a lo largo del Continente.

El americanismo del *Repertorio* campea en diversos pasajes del prospecto. Veamos:

«Desde luego nos hemos propuesto hacer la obra *aun mas rigurosamente americana* que cual la concebimos i trazamos en nuestro prospecto de **16** de Abril de **1823** (1); i con esta mira reducirémos mucho la seccion de *Ciencias naturales y físicas*, limitándola a puntos de una *aplicacion mas directa e inmediata a la América...*»

«En las otras dos secciones de *Humanidades i Ciencias intelectuales i morales*, es tambien nuestro ánimo descartar todo aquello que no nos parezca estar en proporcion con el estado actual de la cultura americana».

«Pero el *Repertorio Americano* (que asi le nombraremos) seguirá puntualmente el plan de la *Biblioteca* en cuanto a *dar lugar preferente a todo lo que tenga relacion con* América, i especialmente a *las producciones de sus hijos*, i a *su historia*. Tratarémos (como lo anunciamos en aquella obra) la biografía de los héroes y demas varones claros que han ilustrado nuestro país, acompañando, siempre que nos sea posible, sus venerables efijies. Por medio de ensayos orijinales i documentos históricos, nos proponemos ilustrar algunos de los hechos mas interesantes de nuestra revolucion, desconocida en gran parte al mundo, i *aun a los americanos mismos*. Es también nuestro animo sacar a luz mil anécdotas curiosas, en que

(1) Refiérese al prospecto de *La Biblioteca Americana*, revista eventual que en Londres fundaron Bello, García del Río y otros. De tendencias parecidas a las del REPERTORIO AMERICANO, *La Biblioteca* proponíase—como el *Repertorio*—contribuir a la ilustración de las nuevas repúblicas de América. Se publicó apenas el tomo primero y parte del segundo.

resplandecen, ya los talentos y virtudes de nuestros inmortales caudillos, ya los padecimientos i sacrificios de un pueblo heróico, que ha comprado su libertad a mas caro precio que ninguna de cuantas naciones celebra la historia, la clemencia de unos, la jenerosidad de otros, i el patriotismo de casi todos. Adoptando bajo este respecto la opinion de un escritor distinguido, creemos que el «patrimonio de todo pais libre consiste en la gloria de sus grandes hombres».

Estas palabras serían el compendio de la vasta y noble tarea:

«En una palabra, examinar bajo sus diversos aspectos cuáles son los medios de *hacer progresar en el nuevo mundo las artes i las ciencias, i de completar su civilizacion;* darle a conocer *los inventos útiles para que adopte establecimietos nuevos, se perfeccione su industria*, comercio i navegación, *se le abran nuevos canales de comunicación*, i se le ensanchen i faciliten los que ya existen; *hacer jerminar la semilla fecunda de la libertad*, destruyendo las preocupaciones vergonzosas con que se alimentó desde la infancia; *establecer sobre la base indestructible de la instrucción el culto de la moral;* conservar los nombres i las acciones que figuran en nuestra historia, asignándoles un lugar en la memoria del tiempo: he aquí la tarea noble, pero vasta i difícil, que *nos ha impuesto el amor a la patria*».

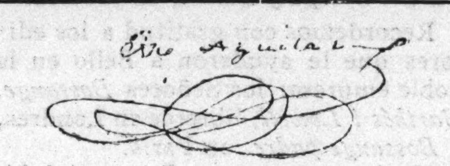
El examen de las tres entregas que hemos tenido la fortuna de hallar, lleva a la convicción de que la tarea se realizó a conciencia y tan cumplidamente como fué posible. La información científica tiene preferencia en el trimensuario. Las entregas revelan en Bello diversidad de conocimientos, sed insaciable de saber. El *Repertorio Americano* de Bello marca la buena tradición en esta clase de revistas: equilibrio de los estudios literarios y científicos. En una palabra, se trata de una revista de mucho mérito.

Volvamos al prospecto, tan interesante. Dice Bello en otra parte:

«Tendrémos especial cuidado en hacer que desaparezca de esta obra *toda prediileccion en favor de ninguno de nuestros estados o pueblos*; escribimos para *todos ellos*, i el *Repertorio*, fiel a su divisa, será verdaderamente *americano*».

Por fin, la magnífica y alentadora visión del porvenir, que el tiempo va confirmando poco a poco, y sin la cual no es posible trabajar con fe, constancia y éxito en empresas del espíritu:

«Felizes nosotros si conseguimos, en premio de nuestras tareas, que la verdad esparza sus rayos por todo el ámbito del nuevo mundo; que la naturaleza despierte al injenio de su dilatado sueño, i nazcan a su voz los talentos i las artes; que a la luz de la filosofía se disipen mil errores funestos; que civilizado el pueblo americano por las letras i las ciencias, sienta el benéfico influjo de las bellas creaciones del entendimiento, i recorra a pasos jigantescos el vasto camino abierto al traves de las edades por los pueblos que le han precedido; hasta que llegue la época dichosa, en que la América, a la sombra de gobiernos moderados, y de sabias instituciones sociales, rica, floreciente, libre, vuelva con usura a la Europa el caudal de luzes que hoy le pide prestado, i, llenando sus altos destinos, reciba las bendiciones de la posteridad».



La firma del prócer don MANUEL AGUILAR, *como se halla estampada en la primera página del ejemplar que poseemos del Tomo Primero de* El Repertorio Americano, *octubre de* **1826**, *Londres.*

Nuestro modesto e incompleto *Repertorio*—trabajamos muy solos—tiene en el de don Andrés Bello una tradición respetable, un ejemplo y una guía que seguir. Algo de lo que en el antiguo se hizo tratamos de hacerlo nosotros. Por lo demás, otras preocupaciones nos llaman urgentemente en estos días: el problema de las futuras relaciones de la América sajona y la latina, la realización de la Anfictionía hispano-americana con que soñara el Padre Bolívar, la creación de fuertes y estrechos vínculos espirituales entre las cuatro Españas y los países latinos del Mediterráneo. ¡Hay tarea para tantos, si quisieran trabajar! Por lo pronto, los claros varones de la estirpe americana—y Bello es uno—desde el cielo de nuestra América vigilan, listos para la acción, porque hay mucho que hacer todavía. Seamos leales a su obra y a su memoria, escuchemos sus consejos y que ellos, los próceres, nos guíen por la recta senda.

gm.

Sobre un plagio francés de *Amalia*

Don Ventura García Calderón ha remitido a Julio Noé la carta que publicamos más abajo a propósito de la polémica que sostuviera en el *Intransigeant* de París sobre el plagio de la *Amalia* de Mármol, por el escritor Gustave Aimard.

Inútil nos parece señalar la importancia que para los argentinos tenía la polémica, ni recomendar a los que pueden abastecer «de pólvora y de balas» a nuestro amigo, de proporcionarle los elementos para librar con todo éxito la batalla en que está empeñado.

Dice la carta de García Calderón:

París, a 20 de octubre de 1923.

Mi querido Noé:

Permítame que cuente a los lectores de NOSOTROS—o cuénteles Ud. en nombre mío — una menuda batalla campal que acabo de pelear en Francia por la gloria de José Mármol.

Pero no para jactarme de haber defendido a la Argentina, refiero esta polémica del *Intransigeant* de París; sino en demanda de pólvora y de balas. San Martín defendió al Perú; ¿por qué un peruano de hoy no ha de treparse al matalón, con la pluma en la diestra, para mantener las glorias de Buenos Aires? Me dirá Ud. que la Argentina está ya libertada. No es cierto. Europa sigue tratándola como la antigua España a sus colonias.

En un artículo de nuestra *Revue de l' Amérique Latine*, que hace dos años está llamando a toda puerta argentina, recordé mi sorpresa al comprar últimamente un libro popular de Gustave Aimard, titulado *Rosas*. ¡Era un plagio declarado de la *Amalia* de Mármol! Como los plagios están de moda, el *Intransigeant*, de París, citó mi frase. Entonces el Sr. Albert Savine, conocido traductor—y nacionalista exasperado sin duda—arguyó que en el prólogo de la *primera* edición de *Rosas*, Aimard había confesado que se inspiraba en la obra de Mármol. Era una excusa honesta. Pero Savine añadía que el autor de *Amalia* había manifestado a Aimard su satisfacción de verse traducido y... despojado, sí, sencillamente despojado, pues el nombre del autor argentino desapareció de la cubierta del libro. Yo expresé en el *Intransigeant* mi duda sonriente. Ningún escritor, si no es el santo Buda, acaricia con la diestra la cabeza del tigre que le devora el brazo izquierdo. Savine siguió diciendo que era altísimo favor para Mármol la circunstancia de haber sido robado, pues la literatura argentina era perfectamente desconocida en Francia... Las cosas iban a parar en la «Société des Gens des Lettres», tribunal de honor para estos casos, cuando Savine guardó silencio. Yo callé también. Si yo fuera argentino hubiera exigido que en las futuras ediciones de las novelas *Rosas* y *Mashorca*, de Gustave Aimard, se añadiera

el nombre del verdadero autor como ya ocurrió con Dumas y sus «negros» que le fabricaban novelas a precio módico; pero no quise proseguir esta campaña hasta preguntar a Uds.: ¿consintió, acaso, Mármol en que se tradujera su obra? ¿Conocen el despojo sus herederos? El caso es singular y divertido. Media Francia popular ha leído las aventuras de Rosas, sin saber que estaba leyendo un libro americano. Ayúdeme Ud., querido amigo, a salir de esta curiosidad y a defender la obra de un insigne argentino.

Pongamos el grito en el cielo cuando nos roben, para que el ladrón no pueda suponer que le estamos profundamente agradecidos.

Un cordial apretón de manos.

V. García Calderón

3, Rue Nicolás-Charlet, París.

(Nosotros, Buenos Aires).

¿Resucita Zarathustra?

Tengo en las manos *La palabra de Zarathustra*. El libro del señor Alberto Lamar Schweyer es un síntoma. Lo he leído con atención y cuidado. La atención resultaba natural, porque es interesante. El cuidado parecería extraño, teniendo en cuenta mi experiencia; pero no logro todavía desentenderme de lo que ocurre en mi derredor.

La nueva generación, de la cual es el autor un buen ejemplar, pretende venir hacha en mano, y derruir briosamente cuanto queda de la civilización que se ha resquebrajado con la monstruosa guerra mundial. Bien. Habíamos acumulado tanta broza, que no me parece mal la tala. Por desgracia, otros dirán por fortuna, los raigones son tan fuertes, que mucho me temo que más de uno vaya resurgiendo. Muy a la vista tenemos muestra de ello. La Cuba moderna va recuperando con los años las viejas facciones y las viejas mañas. Pero volvamos a Zarathustra.

Los jóvenes iconoclastas han tomado por guía a Nietzsche. Es un pequeño salto atrás; pero pequeño. Admiro grandemente a ese pensador insigne, uno de los más vigorosos sembradores de ideas poéticas en su tiempo. He vivido mucho y ampliamente en comercio con su multiforme producción; y hasta, desde lejos, he procurado ahuyentar a los cuervos que graznaban sobre su tumba. Pero... no me ha seducido. Quizás resultaba demasiada para mí la talla de su superhombre; y luego soy pacifista, pacifista impenitente, aunque derrotado.

No creo en las bienandanzas de la guerra, ni me deslumbra la virtud del guerrero. Harta guerra nos dan nuestras pasiones y la naturaleza erizada y hostil que sobre nosotros gravita. A esta queja contestarán, y contestan, nuestros aguerridos mancebos que no hemos venido a la tierra a gustar miel hiblea, ni a regalarnos los oídos con la zampoña virgiliana; sino a ceñirnos el cilicio, es decir, la coraza, y a comer con férreos dientes el pan de munición del prest.

En verdad, por mi parte, ignoro a qué hemos venido; pero advierto que hay algo en nosotros, como un resorte siempre presto a distenderse, que nos lleva a buscar lo mejor; aunque todo se resuelva al cabo en bella fantasmagoría. El señor Lamar y sus amigos no transigen con espejismos. Están por la realidad, por recia y áspera que sea. El superhombre va adelante, nuevo Herakles, desquijarando leones y desviando ríos de su cauce. Vaya enhorabuena. Nosotros lo seguimos con ojos de afectuosa admiración, mezclada de un resquicio de ironía.



Alberto Lamar Schweyer

(Caricatura por Angelo).

Ironía benévola, desde luego, hija del desengaño que nos coloca en un punto de partida muy diverso del de Nietzsche. Este, como lo hace notar con razón el señor Lamar, es radicalmente optimista; confía en una trasmutación de valores que ha de dar por resultado el entronizamiento, después de su victoria, del superhombre. En esa verdadera edad de hierro, la plebe, el demos, vivirá domeñado por señores recios y heroicos, pero benignos, que no le negarán ni el pan ni el techo. El pueblo crecerá y se multiplicará debajo; y los magnates vivirán en las cumbres, dando la ley, tan dura como recta.

Quizás no haya yo percibido bien el cuadro; pero no me parece del todo nuevo; en alguna parte he visto esos mismos perfiles y contornos. De todos modos no sería ese magnífico estado el que ofreciera yo a la pobre humanidad, para consuelo de su larga cuita. No estoy por la tiranía; conozco, por haberlo probado, lo áspero de su freno sanguinolento. No estoy por la aristocracia, que engendra el orgullo corto de vista en los que mandan, y el servilismo hipócrita o el rencor reconcentrado en los que obedecen. No creo que la democracia convierta en polvo de oro el barro de que está amasado el hombre; pero reconoce sin ambajes que todo es barro, y no da a los puños el derecho que niega al cerebro. La democracia abre, o debe abrir, el campo a las aspiraciones; y aquí se encierran todo mi derecho y todo tu derecho. No empecemos por echarle una peña sobre el hombro, si queremos que el postrado se levante y ande. No humillemos al que tenemos por colaborador en la obra de elevarnos.

Este no es el ideal de la nueva generación, según afirma el autor de este libro franco y bravío. Malas horas, lo temo, puede encontrar esa juventud en su viaje tempestuoso. ¡Ay! El egoísmo trascendental no dará más de sí que el egoísmo a secas.

Enrique José Varona.

Vedado, 1924.

(El Fígaro, Habana).

Una patria para Unamuno...

(Viene de la página 6)

truye el porvenir de la nación, que no resulta sino de la práctica de la libertad.

Unamuno viene a América como Víctor Hugo se fué a Inglaterra, a ver desde lejos y a pensar en ella, la patria que dejan oprimida por las fuerzas del mal: pero un día volvieron a encontrar la patria recobrando sus valores permanentes y viviéndolos en días de eternidad.

Rómulo Tovar.

(La Voz, San José de C. R.)

¿Cuál es su mejor poesía?

ALCION

CUÁL, entre las mías, es la poesía que aprecio más? ¿En cuál se refleja mejor lo más sincero y recóndito de mi ser? He aquí lo que preguntan los Directores de *Mundo al Día*, viejos amigos, camaradas y hermanos desde aquellos días de la juventud en que, apenas desaparecido trágicamente Silva del escenario de nuestra literatura, un grupo de barbipungentes aprendices pugnábamos por recoger su herencia, no inventariada y casi desconocida, en las páginas audaces e inolvidables de *Esfinge*, efímera hoja periódica que, guardadas las proporciones, correspondió en Bogotá a la *La Vogue*, *Lutece* y *Le Symbolisme*, de París, donde cosecharon sus primeros lauros los simbolistas franceses, brillantes jóvenes que hacia 1885 se congregaban en torno de Stéphane Mallarmé, el pontífice, a quien admiraban como al más perfecto de los poetas y al más sabio de los hombres, porque, como ningún otro, les daba la ilusión de escuchar un nuevo Sócrates, reposado, sutil, dulcemente irónico, benévolo, pero también maestro de exquisito tacto para retener o distribuír el elogio.

Eran los días en que ya había amanecido en el horizonte la estrella de Valencia, el de «Los Camellos», y también los bellos días de las peregrinaciones dominicales a la *Villa Caserta*, donde los novísimos rebeldes de las Letras íbamos a deleitarnos con la palabra docta y fraternal de Baldomero Sanín Cano, que así traducía para nosotros de las difíciles lenguas del Norte, y también del inglés y del italiano, los cantos o las filosofías de los astros de la literatura de última hora, como nos iniciaba, sencilla y naturalmente, en los secretos del arte moderno, de la estética contemporánea.

Allí, en torno de una mesa donde, horas después, había de servirse el té, unos cuantos jóvenes, que más tarde dispersó la varia suerte, vivimos horas de deliciosa intensidad intelectual para siempre impresas en la memoria. Sobre las mesas y los sofás, y aun por el suelo alfombrado, teníamos al alcance de la mano las últimas entregas de selectas revistas de ciencias, arte y literatura de Berlín, Londres, París, Roma; las obras, húmedas todavía de la impresión, y llegadas por el último correo, de Nietzche, Jorge Brandes, Teodoro de Wyzewa, Ibsen, Carducci, Wilde, Verlaine, D'Annunzio, Anatole France, Bourget, Barrés, Jules Laforgue, la pléyade de los escritores contemporáneos, no superados, ni aun igualados hasta hoy.

Fué en ese ambiente literario en el que nacieron, y fue en las páginas de *Esfinge* donde por primera vez se publicaron mis versos «decadentes», como despectivamente se llamaban entonces las poesías de los que habíamos olvidado a Zorrilla y Núñez de Arce, los Arboledas, Gutiérrez y Caros, por Baudelaire, Leconte de Lisle, Moreas, Verlaine y Paul Fort.

Poco después, apartado de mis compañeros, entre los cuales recuerdo con placer al más gentil y entusiasta de todos, a Javier Acosta, ausente de la Patria casi desde aquellos días—poco después mi gusto y predilecciones se orientaron definitivamente hacia la pura fuente de belleza, la Grecia eterna, de donde no han regresado sino para oficiar en el antiguo santuario de los dioses natales.

Entonces nació *El Centauro*, interpretación en versos castellanos de la prosa armoniosa de un insigne amante del Atica; y más tarde el *Jardín de las Hespérides*, custodiado por la sombra esclarecida del divino Andrés, griego de sangre, hijo de Gálata. Luego las *Elegías Caucanas*, o la tierra de la infancia, con sus florestas y sus ríos y sus granjas y sus cigarras y sus ciruelos y granados florecidos.

Fue en aquel tiempo también cuando bajo el sortilegio de una tarde incomparable del *Valle del Cauca*, mientras miraba correr las aguas purpuradas del Guadalajara y revoletear, en torno de las peñas escarpadas de *La Muralla*, el *martín pescador*, sentí los preludios de la elegía *Alción*, esa ave de misterio y de leyenda que me obsesionó desde la niñez, como si un secreto instinto me dijera que un día habría de amar sus símbolos sublimes, sacrificar en sus altares caídos y cantar su divina tristeza. Por eso, sobre la *Egloga Fluvial*, que es la canción del dulce terruño, amo la elegía al *Alción*, que es la canción a la eterna Belleza y a la sagrada tierra donde floreció y fructificó maravillosamente.

CORNELIO HISPANO

...«Por los años de 1898 y 1899 empezaba Cornelio Hispano a figurar en los círculos literarios de la capital colombiana. Era un joven de presencia austera, de una seriedad inquietante. El rumor que hacían por el momento las nuevas teorías literarias atrajo su curiosidad, pero no cautivó su inteligencia ni su gusto. Su seriedad le llamaba a escudriñar las fuentes de la poesía en el estudio de los viejos modelos. Y al par que sus compañeros de lira y de entusiasmo estaban satisfechos con el trasiego diurno por entre las obras de los contemporáneos, él fatigaba las antologías griegas, descifraba autores latinos, perseguía en los sabios modernos, como Gompers y Zeller, el íntimo sentido de los viejos poemas y de las antiguas teorías filosóficas»...

(B. Sanín Cano, *Letras Colombianas*. «La Revista de América». París. 1913).

(*Mundo al día*, Bogotá).

Alción

Dilectae Thetidi alcyone.

VIRGIL

Pájaro que adoraron los amantes
sin ventura, en edades muy remotas;
pájaro de los tristes navegantes
que al escuchar tus agoreras notas

Elevan sus clamores hasta el cielo;
pájaro cuyo canto es una queja,
nuncio de tempestades y de duelo;
ave infausta, augural, cual la corneja.

Tú sobre el mar lamentas tu destino
y haces el nido en la encrespada onda:
cuán sabio tu vivir, Alción divino!
La playa olvidas y la opaca fronda,

Dejas la fresca linfa de las fuentes
que brotan entre el liquen de las peñas,
el olor de los campos florecientes,
las viejas torres que aman las cigueñas,

Y alrededor de inaccesibles rocas,
hoy como ayer, tu grito desolado
lanzas, y, sobre el agua acerba, evocas
el exánime cuerpo de tu amado.

Yo confundo tu queja con mi queja,
y mi lamento junto a tu lamento:
ave infausta, augural, cual la corneja,
hija del mar azul, hija del viento.

En esta noche efímera tu canto
llega más melancólico al oído,
y se siente como un ansia de llanto,
y se siente como una sed de olvido...

Yo sueño como tú con otros puertos,
otra edad, otro clima, otro horizonte,
y mis Dioses también están ya muertos
y bajo escombros yace el sacro monte

Que iluminó tus símbolos un día,
cuando, en las blancas ágoras de Atenas
saludaba el augur tu epifanía
y dejaban las márgenes helenas,

En jubilosa banda, los pilotos;
cuando, rayando el sol, tus raudos vuelos
seguían por los piélagos ignotos
la sacra nave que bogaba a Delos.

(Tú recogiste el vuelo en la palmera
que el ciego Homero veneró en su exilio;

viste ondear, cual épica galera,
la errante Asteria que cantó Virgilio).

Cuando al llegar la tarde con sus rosas
y su misterio y sus saladas brisas,
huyendo la tristeza de las cosas,
posábaste en las dóricas cornisas.

Tal vez, en otros días, tu graznido
cruzó trágicamente las desiertas
ventanas de un castillo derruído,
sobre foscos océanos, abiertas;

Y quizá taciturnos aldeanos
aún te invocan sus haces recogiendo,
mientras dora el bermejo sol los llanos
y por el campo el buey pasa mugiendo.

Alción! Divino Alción! Amo tu vieja
patria y tu altar caído y tu lamento:
ave infausta, augural, cual la corneja,
hija del mar azul, hija del viento.

CORNELIO HISPANO

La opinión de América

I

MÉXICO parece creer que vive solo en el mundo; y nadie vive solo hoy. Naciones e individuos se solidarizan, cada vez más, en los episodios de la historia contemporánea. En otras épocas, los pueblos podían ignorarse entre sí, y los individuos dedicábanse a la vida cenobítica en las profundidades de la Tebaida. No hay ya Tebaidas. Vivir es vivir en comunidad, cada vez más estrecha y pujante. El carácter esencial de la civilización contemporánea estriba en su universalidad, en la socialización de las regiones del planeta, en la concatenación de los esfuerzos individuales y colectivos.

El Golfo de México esconde a la República. La cultura europea no afluye directamente a nosotros, como, rítmicamente, se derrama sobre las playas del Brasil y la Argentina. Las novedades de la vida londinense, los movimientos íntimos de la vida de París, refléjanse en Río de Janeiro y Buenos Aires, casi apenas surjen en Europa. Italia y España alientan en la metrópoli argentina como en Roma o Madrid. Nosotros pensamos que el extranjero se reduce y compendia en Nueva York, menos aún, en California o Tejas. Nada tan desagradable como la fascinación que sobre nuestra sociedad ejercen los Estados Unidos. El mundo es más vasto de lo que piensa nuestra filosofía política; hay más cosas en él de las que por el norte se insinúan. Europa de veras existe.

II

Existe, pero cuida poco de nosotros; y, si no fuera por nuestro petróleo y nuestra plata, casi no existiríamos para ella. En Londres o París se espera que Washington decida sobre los problemas mexicanos, para proceder, en consecuencia. Por eso la opinión yanqui nos es tan importante. Ahora bien, en los Estados Unidos, México no es de los pueblos predilectos. ¡Cuántas penalidades ominosas sufren nuestros compatriotas si se internan por los llanos inhospitalarios de Arizona o pretenden desafiar las inclemencias polares de Alaska! Aquellas tierras, que a todos brindan una patria, parecen cerrarse al mexicano. Nuestra reputación de inveterados combatientes nos deprime ante el patriotismo yanqui. Nuestras desventuras político-sociales nos han creado una estimación inferior a la que merecemos. Somos el vecino revoltoso que regresa a destiempo a casa, disparando su revólver, después de haber disfrutado alegremente de muchas horas de la noche. Ellos son el buen burgués que se recoge temprano, para no constiparse y disfruta *at home*, como por allá se dice, de las delicias de la familia y la monótona serenidad de la existencia. Su vida es como la de los héroes de algunas novelas contemporáneas, en que nunca pasa nada digno de relatarse. La nuestra es como los más complejos capítulos de Dumas o Eugenio Sué; románticas pesadillas que levantan en vilo al lector o le hacen sonreír imperceptiblemente. Son los Estados Unidos un pueblo juicioso, demasiado juicioso; aplicado y uniforme, demasiado uniforme, pero feliz dentro de su genial monotonía. En los espejos de las tiendas de los barberos yanquis, suele rezar un amable rótulo: «procure usted reír»; y todos ríen con una franqueza y una seguridad de buenos muchachos. México es un pueblo triste cuyas canciones populares van empapadas en lágrimas, como la misma vida de la patria. No nos han entendido nunca ni nos entenderán. Son, para valernos de una expresión perfecta, como todas las de Niezsche: «nuestra incompatibilidad fisiológica». México, el gran pueblo romántico, les parece un absurdo; y, en el fondo de su alma, acaso nos desdeñen. Su opinión, en todo caso, no nos es favorable.

III

¿Y la de nuestros hermanos del sur? Distingamos: Los centroamericanos, los istmeños, nos aman. Son nuestros próximos y nuestros prójimos. Allá van, con la ilustre excepción de Costa Rica, dando tumbos sobre cada uno de los episodios de su historia, casi tan atormentada como la nuestra. Nosotros también los amamos. Guatemaltecos, salvadoreños, hondureños y nicaragüenses, son nuestros, nuestros por la raza y la tribulación, esto es, por los más recios vínculos: el dolor y la sangre, la vida y la muerte. México debería disponer con más cautela la economía de su propia casa para poder asumir, no, ciertamente, un papel director— porque los pueblos libres, como los hombres libres, detestan la cordialidad de sus directores espirituales— pero sí las nobles prerrogativas del hermano mayor. Sin buena economía doméstica la economía política y la política internacional son imposibles.

IV

Los pueblos meridionales, por motivos numerosos y diversos que no es fácil formular en una línea, son los más afortunados del Continente. El sol argentino casi destella desde el centro de su cielo. La estrella chilena, que Darío vió levantarse, ahora irradia sobre una tierra hidalga que afirma con imperio: «por la razón o la fuerza», como los caballeros templarios u hospitalarios de la cruzada legendaria. El Perú, otro pueblo romántico como el nuestro, prepárase a hacer valer sus riquezas fabulosas de la «sierra» y la «montaña», para dorar los blasones supremos de dos razas, en la vieja «Ciudad de los Reyes». Colombia, Bolivia, Venezuela y el Ecuador asisten casi a su gallarda epifanía. El Brasil, la segunda potencia de América, contempla ante sí la indefinida perspectiva de sus triunfos magníficos... Para todos estos pueblos, México es una interrogación inquietante. ¿Continuaremos los mexicanos nuestra no interrumpida obra de exterminio? ¿Cuándo—, se preguntan—, la avanzada de la Raza depondrá el acero y ocupará el sitio que el destino le reserva junto a los otros grandes pueblos del Sur? ¿En qué instante propicio se agregará una *M* a las letras que proclaman la alianza de la Libertad y la Fuerza? ¿Cuándo, al *A*, *B*, *C*, se añadirá la letra de México?...

Pasan los años. México, sin embargo, ofrece a América el amargo espectáculo de la desunión de sus hijos. Parece que la revolución consustancial es la forma categórica de nuestra existencia. Hoy como ayer truena el

cañón y se desespera de conseguir el ideal. El pasado vuelve a cada momento sobre el presente y se diría que va a modelar el futuro... América, la América nuestra, se pregunta: «¿Jamás terminará el drama mexicano?...» Y un movimiento de escepticismo, que alguna vez sorprendimos en el semblante de nuestros mejores amigos, es la síntesis de la opinión más favorable que para nosotros se reserva. Todos parecían decirnos, con cortesía en verdad exquisita, pero con apremio indudable: «¿Hasta cuándo?»

Y la pregunta sutil, discreta o indiscreta, pero siempre cordial, con un sentimiento de profundo amor la repetimos ante la República: ¿Hasta cuándo?

ANTONIO CASO.

(Revista de Revistas, México, D. F.)

El destino de un continente...

(Viene de la página 7).

contra de la intervención que jamás es justa y afirmamos con él y con el Dr. Zeballos que un pueblo debe ser independiente a pesar de viento y marea. Pero más que a los norteamericanos debemos condenar a nuestros políticos torpes que creen que una nación puede ayudar a otra desinteresadamente. Ya su más famoso presidente aconsejó a los norteamericanos no caer en este error. Yo creo que los yanquis no son imperialistas por carácter sino por necesidad. Si los alemanes fueran los dueños de este pedazo de América, acaso ya todo el Sur estaría en sus manos. No necesitamos nombrar a la India, El Egipto, el Congo, El Norte de Africa, Corea, parte de la China, etc. para convencernos de esta verdad.

Seguiría hablando sobre este bello tema, pero hay otro de tanta importancia y más bello de que hablar. La muerte de Guerra Junqueiro nos impone la obligación de analizar su obra y disertar acerca de hispano-americanismo, quiero decir, de neo-latinismo porque con él se nos va algo tan grande como un continente. Mientras me entro en el espíritu de este gigante ibérico espero que el valiente libro de Manuel Ugarte vaya pasando por las mentes (no por las manos), o por mejor decir, vaya quedándose en las mentes, de los generalotes, politicastros y pseudo-capitalistas que dirigen los destinos de nuestra supuestas democracias latino-americanas.

ARTURO TORRES RIOSECO

1924.

Página lírica
de Martín Paz (1)

(Para el *Repertorio Americano*)

Mensaje

A CARLOS G. ESCOBAR

¿Te acuerdas de cuando íbamos de paseo a la playa
bajo las horas lilas que la tarde engalana?
Cuántas cosas del puerto el corazón no calla
ahora que palpita en tierra mexicana.

Por mis sueños desfila la faja de la playa
por la que en las radiantes horas de la mañana
pasea el pescador, al hombro la atarraya,
por entre las gaviotas de la paz comarcana.

Como me hallo tan lejos de aquella vida pura
y la vida ha vertido en mi propia amargura
el dolor que a mis versos da solo sus reflejos,

visita, amigo, en nombre de todos mis pesares
las muchachas de entonces, la playa y los palmares
porque hacia todos vuela mi cariño de lejos.

Marina

Con el potente estruendo de sus olas oscuras
que adornan con encajes de espumas el cantil,
el mar hace surgir todas las aventuras
de Simbad el Marino en mi alma juvenil.

Y veo ir por el cuento la galera insegura
por los revueltos mares sobre un oleaje hostil,
y desde el horizonte alzarse la verdura
de una remota isla que encierrra el mar añil.

Tras el sonante tumbo de sus olas serenas
el mar hace peinar sus canosas melenas
en el peine de rocas que parece el pretil,

y en mí crece el deseo de partir algún día
en un esbelto barco, hacia la lejanía,
al país donde reina perennemente abril.

Mujeres de los puertos

Mujeres de los puertos, mujeres ardorosas,
que con amor le ponen a la vida un tapiz.
En los muelles les tiñen las tardes luminosas
los trajes vaporosos con un suave matiz.

Sus ojos ven surgir lucero tras lucero
acaso arrepintiéndose de aquel primer desliz,
o tal vez recordando algún hombre extranjero
que después de engañarlas se volvió a su país.

Así las han mirado mis ojos de viajero,
con trajes vaporosos, tembloroso el sombrero,
los ojos excrutando la lejanía gris

con ansias de partir quien sabe a qué país
o esperando que lleguen, en un barco extranjero,
mensajes de New York, de Londres o París.

(Del tomo *El Poema del Mar*, por publicarse, México, D. F.)

---

(1) De Honduras.

La Grabiela

(Drama minúsculo)

(La escena en una casa de campo, rodeada por un corral).

Altagracia. — Ai viene Diego ¡y la cena que no quiere estar! Creo que la leña está verde. La habrá traido de ramas tiernas. *(Se afana soplando a la lumbre donde humean los leños con humo molesto).*

Diego.—*(Entrando).*

Cada vez que paso el puente,
siempre te encuentro lavando,
cada vez que paso el puente,
siempre te encuentro lavando,
lavandera de mi vida,
ya me estás enamorandoooo

Gracia. —¿Tráis noticias de la niña?

Diego. — *(Poniéndose serio).* — Ningunas.

Gracia.—¡Sea por Dios!

Diego.—¿Y la cena?

Gracia.—Ya mero. *(Pausa; después:)* Tú crees que l'amo...

Diego. — L'amo siempre ha sido güeno con nosotros... En el ecuaro que todos los años siembro, allá en el cerro... *(Se oyen voces y ruido fuera de la puerta de la casa).* ¿Quién andará por aquí a estas horas?

Gracia.— Será Fermín, que hace lo menos tres días que no se aparece. *(Tocan a la puerta).* ¿Quién? ¿Quién es?

Una voz de hombre. —Yo.

Gracia.—Es Fermín. Anda a abrirle. *(Diego va hacia la puerta y desde allí le grita a Fermín):*

Diego.—Pase, compadre.

Fermín.—*(Llega cubierto de polvo y se queda parado en medio de la escena).* Güenas noches, Ña Gracia.

Gracia. — Güenas noches, Fermín. ¡Qué milagro, nos has echao la tierra encima!

Fermín.—No, Ña Gracia, usté sabe que no. No más qui a veces pos no puede uno vinir a verlos.

Gracia.—¿Y qué hay de nuevo? ¿Qué te pasa? Dicen los del rancho que no te han visto y ora llegas lleno de tierra, mira no más ¡Jesús María!

Fermín.—Pos cosas de la vida, Ña Gracia *(y se queda sin hablar dándole vueltas al sombrero).*

Diego.—Pero siéntese, compadrito, a descanssr.

Fermín.—Mil gracias compadrito. *(Pausa: todos se quedan con la cabeza baja. Al fin, Fermín, comienza con muchos rodeos y deteniéndose a cada instante).* Pos compadrito, yo venía a tráile noticias de la Grabiela... *(Pausa: vivamente levantan la cara y se miran Diego y Gracia...)* El sábado que s'iba p'al pueblo, le di alcance cerca de la nopalera. Pos ya ustedes se afigurarán que la Grabiela y yo, ya de tiempo que nos damos di ala. A la mitad del camino, nos incontró el Niño Jelipe, que venía solo en el caballo tordillo y me dió l'incargo que le dijera al Tío Chema que l'amo Don Luis li hablaba. Yo, pos verdad güena, qui hubiera llevao l'incargo; pero me daba a mí que el Niño Jelipe li andaba haciendo la rueda a la Grabiela. Le dije que estaba güeno y me golví por la vereda. Al llegar a la nopalera, alcancé a ver que el Niño quería trepar a la Grabiela en la silla y que él se echaba pa la teja. Diosito me perdone, pero verdá güena, que me dieron ganas de matarlo. Atravesé la nopalera y el mogote p'alcanzarlos antes de que llegaran a la Estancia. Me trepé a la morera p'echarle un lazo al Niño Jelipe. Allí lo aguardé. La Grabiela venía queriendo bajarse de la silla y el caballo alborotao. El Niño Jelipe apenas podía sostener a la Grabiela, y el caballo que no se sosegaba. Eso me valió pa echarle la riata del pescuezo. El soltó a la Grabiela y alcanzó a meter el brazo. La Grabiela se dejó cair y el caballo tordillo se paró como cuando lo tenía el Tío Chema, esperando que lo montaran. El Niño Jelipe me dijo jijo de tantas y quería sacar la pistola; pero la derecha la tenía metida en el ñudo y l'otra no li alcanzaba a desabrochar la funda. Li amarré la riata en la morera y arranqué pal monte con la Grabiela, que venía llorando. Allá nos pasamos en la cueva del tigrillo tres días comiendo raiz-del-cerro y hucuares y una qui otra jicamita que nos jallamos, escarbando del otro lao del ojodeagüita que jalló el Pedrillo en la barranca. *(Gracia se va acercando a Fermín, a medida que el interés de la narración va creciendo).*

Gracia.—¡Y el Niño Jelipe llegó hasta aquí el mismo sábado en la noche, pero no nos contó nada! Nosotros creíbamos que él la tendría escondida y que se hacía presente p'hacerse l'inocente.

Fermín.—El sí ha de ber soltao del ñudo y de puro coraje no ha di haber dicho nada hasta jallarnos y fregarnos.

Diego.—Pero ¿y la Gabriela? ¿dónde está?

Fermín.—Ai ta juera, esperando que yo le diga si puede entrar. La probe dice que la Ña Gracia estará atufada porque no había güelto. Pero, verdá güena de Dios, Ña Gracia, que no l'he tocao y hasta que el curita nos eche la bendición, con su licencia, y me la lleve pal otro lao del Riohondo, hasta topar con el Ranchito del Tío Chema. Yo le cuidaba los bueyes desde que era tataneco. Hora ya puedo con la yunta. El Niño Jelipe se va pal colegio de la ciudá, y l'amo Don Luis no sabe nada destas andancias. Con que usted dirá, Ña Gracia.

Gracia.—Yo la creiba perdida con el Niño Jelipe. Tú me la tráis güena y sana, pos llévatela, si ella se quiere ir, nomás dile que venga pa darle la bendición.

EDUARDO VILLASEÑOR

(El Mundo, México, D. F).

Límite

Que todo luche y venza; que todo avance... Nada podrá llegar más lejos de su destino. Estamos corriendo hasta un instante. ¿Después? Después ya nada hará que continuemos avanzando.

Ese límite debe ser huerto y ser jardín;
en él sembrar el trigo y cultivar la flor.
Toda vida que adviene promesa es de jardín,
y jardín es promesa de flor.

No se puede llegar más lejos. No se sabe
llegar más lejos. Cuando volvamos otra vez,
ese límite actual será el comienzo entonces
y así siempre ha de ser...

Hasta que no volvamos por estos arenales,
y seamos esencia o resplandor en los
espacios infinitos donde tiene su asiento
Dios.

AGUSTÍN ACOSTA.

1924.

(El Fígaro, Habana).

Hispano-americanismo en acción...

(Viene de la página 8).

grande de nuestros ingenios, constituye, a un propio tiempo, el ejercicio de un derecho gratísimo y el cumplimiento de un deber no menos sagrado; para los latino-americanos, al menos, y como tal nos permitimos plantearlo a la conciencia culta de nuestros conterráneos todos de allende el océano, y al recto criterio de los peninsulares. Contemos, anticipadamente, desde luego, con que nuestro llamamiento habrá de hallar eco favorable en el cerebro y el corazón de todos los interesados: altos dirigentes de la cosa pública, cuerpos colegiados, grupos académicos, corporaciones universitarias, profesores, literatos, periodistas, alumnos...

CRISTÓBAL RODRÍGUEZ

Ginebra, 12 de octubre de 1923.

(Estudios, Panamá).

Obras de Alfonso Reyes

Hemos recibido para la venta **10** ejeps. de cada una de las siguientes:

El Plano Oblicuo .... Precio ¢ 2.50
Simpatías y Diferencias (Tres series).
Precio de cada serie .... « 2.50

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO de cultura hispánica.
De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicado por

J. GARCIA-MONGE
Apartado 533
SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMIA DE LA REVISTA

La entrega.......................... ¢ 0.50
El tomo (24 entregas)....... 12.00
El tomo (para el exterior)... $ 3.50 oroam.
La página mensual de avisos (4 inserciones)........... 20.00 » »

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica